



VLADIMIR
NABOKOV
lolita

La historia de la obsesión de Humbert Humbert, un profesor cuarentón, por la doceañera Lolita es una extraordinaria novela de amor en la que intervienen dos componentes explosivos: la atracción «perversa» por las nínfulas y el incesto. Un itinerario a través de la locura y la muerte, que desemboca en una estilizadísima violencia, narrado, a la vez con autoironía y lirismo desenfrenado, por el propio Humbert Humbert. Lolita es también un retrato ácido y visionario de los Estados Unidos, de los horrores suburbanos y de la cultura del plástico y del motel. En resumen, una exhibición deslumbrante de talento y humor a cargo de un escritor que confesó que le hubiera encantado filmar los pic-nics de Lewis Carrol.

A Vera

Presentación

JUAN BONILLA

Si un erudito futuro se empeñase en componer una enciclopedia de prodigios del agonizante siglo XX, en el que compartiesen espacio la drogada velocidad insuperable del atleta Ben Johnson con las filigranas de Johan Cruyff, las estrategias geniales de Bobby Fischer con las modulaciones de la voz de María Callas o los gags memorables de Charles Chaplin, no podría incluir, en justicia, a ningún otro prosista antes que a Vladimir Nabokov, pues si lo propio del prodigio es suscitar en el que lo contempla el asombro antes que la emoción, es evidente que no hay autor de este siglo ante cuyas obras los lectores queden tan arrasadamente hechizados por el asombro como quedamos ante las novelas del autor de Lolita. Es difícil encontrar una sola página de Vladimir Nabokov que no haya sido iluminada por el rayo de una imagen poderosa, por la inteligencia de una reflexión sorprendente o por el puñetazo de un detalle memorable. Su facilidad conmovedora para golpearnos con una descripción incomparable de un rostro, un paisaje, un estado de ánimo, obligándonos a fijar la atención en detalles cuya insignificancia queda magnificada y transformada en aspectos reveladores, nos impele a aceptar el carácter prodigioso de un escritor que, como se sabe, escribió primero sus novelas y relatos en ruso y se pasó luego al inglés (idioma al que él mismo tradujo las novelas escritas en su idioma natural) sin que su prosa perdiera un ápice de ele-

gancia, sin que renunciara a exigirse ejercicios de cada vez más difícil composición y sin que los resolviera con cada vez más creciente maestría.

Hasta la publicación de su hoy mítica Lolita (dos veces transformada por el cine en colección de estampas sin el vigor de la novela), Nabokov era un escritor conocido y respetado en el mundillo literario de varios países (además de repudiado por algunos críticos hasta el final, ya que alguno llegó a rechazar una novela tan nítida como Cosas transparentes —1972— con el consistente argumento de que no entendía qué quería contar el autor). Es conocido que la primera palpitación de Lolita deparó un hermoso relato titulado El hechicero que cuenta una historia de paidofilia protagonizada por un caballero de posición acomodada, atormentado por sus inclinaciones eróticas, que se enamora de una niña de 12 años a la que conoce en los jardines de una ciudad europea. El caballero urdirá una peculiar estrategia para no perder contacto con la nínfula: se casará con su madre, una mujer cuyo estado de salud le permite albergar la esperanza de quedarse viudo pronto para poder disfrutar de la muchacha antes de que el tiempo le diezme los encantos que le han arrebatado.

Nada más inoportuno que tomar la novela de Nabokov sólo y exclusivamente por la trama que le sirve de columna vertebral: en las novelas de Nabokov las columnas vertebrales son tan irremplazables como cualquiera de los demás huesos que componen el esqueleto de las novelas, tan irremplazables como todos y cada uno de sus músculos. Son piezas de relojería en las que la perfección del mecanismo se debe a la excelencia con que cada una de ellas ha sido diseñada y colocada en el artefacto definitivo. Así pues nada más pernicioso con respecto a Lolita que situarla en la poblada península de los libros eróticos, a pesar de que una potente editorial norteamericana rechazara el manuscrito de Nabokov por considerarlo pornográfico y el escritor se viese obligado a optar por recurrir a una pequeña

editorial parisina especializada en la impresión de literatura sicalíptica.

Lolita es, sobre todo, una monumental historia de amor imposible, prohibido, destinado al fracaso, además de un fascinante examen de los fantasmas que dominan la existencia del protagonista y la vivisección extraordinaria de una adolescente que va cobrando certeza de su hermosura (es decir de su poder) y cuya perversión nos parece tan natural como endiabladamente encantadora. Cómo esa criatura angelical va desarrollándose hasta que el tiempo camufla su poder y la convierte en un ser vulgar (o sea, cómo lo extraordinario acaba pudriéndose para deparar Lo corriente) es La aventura que la prosa prodigiosa de Nabokov relata en esta novela que contiene páginas sublimes, deliciosas, merecedoras de carcajadas unas y de prolongados suspiros otras, y un final tan espectacular y encendido que es difícil no volver a él una y otra vez después de acabada la novela.

Con Lolita, Nabokov creó además uno de los pocos mitos que ha sido capaz de elaborar la literatura de este siglo. La nínfula, la adorable criatura que esclaviza y convierte en ateridos enfermos a quienes la desean y quedan aplastados por la conciencia de pecado. Humbert Humbert, el protagonista de Lolita, uno de los grandes personajes de La literatura de todos Los tiempos, es un tipo triste, desesperado, oprimido por un pasado trágico, a la vez que alguien que no sabe contener su pasión, que es capaz de perderlo todo por conseguir lo que ama, a pesar de que no ignora que lo que ama es agua que puede contener entre las manos sólo unos segundos y que acabará resbalando dejándole tan sólo en la piel un rastro de humedad.

Vladimir Nabokov, corrigiendo a un crítico norteamericano que sugirió que Lolita era el relato de las aventuras amorosas de Nabokov con la novela romántica, declaró que la sugerencia hubiese sido más acertada de sustituir novela romántica por lengua inglesa. No sé. Para mí Lolita,

después de varias lecturas, es un refugio donde la belleza y la intensidad han conseguido que ondee la bandera de la pasión. Se cuidaba el autor de Lolita, en prólogos y declaraciones, de advertir que sus novelas no llevaban entre los dientes ningún mensaje de utilidad pública, que no pretendían retratar grupos sociales ni países en épocas determinadas, y proponía apresarse entre paréntesis una palabra tan vaga como realidad. Lo cierto es que al salir de la lectura de Lolita es difícil que «la realidad» del lector no se haya visto afectada, como suele ocurrir cada vez que uno ingresa en una ficción que no concluye cuando uno termina de leerla, porque nos acompañará ya siempre después de haber dejado en las paredes de nuestros cerebros imágenes, confesiones, descripciones sencillamente prodigiosas.

Prólogo

Lolita o las *Confesiones de un viudo de raza blanca*: tales eran los dos títulos con los cuales el autor de esta nota recibió las extrañas páginas que prologa. «Humbert Humbert», su autor, había muerto de trombosis coronaria, en la prisión, el 16 de noviembre de 1952, pocos días antes de que se fijara el comienzo de su proceso. Su abogado, mi buen amigo y pariente Clarence Choate Clark, Esquire, que pertenece ahora al foro del distrito de Columbia, me pidió que publicara el manuscrito apoyando su demanda en una cláusula del testamento de su cliente que daba a mi eminente primo facultades para obrar según su propio criterio en cuanto se relacionara con la publicación de *Lolita*. Es posible que la decisión de Clark se debiera al hecho de que el editor elegido acabara de obtener el Premio Polingo por una modesta obra (*¿Tienen sentido los sentidos?*) donde se discuten ciertas perversiones y estados morbosos.

Mi tarea resultó más simple de lo que ambos habíamos supuesto. Salvo la corrección de algunos solecismos y la cuidadosa supresión de unos pocos y tenaces detalles que, a pesar de los esfuerzos de «H. H.», aún subsistían en su texto como señales y lápidas (indicadoras de lugares o personas que el gusto habría debido evitar y la compasión suprimir), estas notables Memorias se presentan intactas. El curioso apellido de su autor es invención suya y, desde luego, esa máscara —a través de la cual parecen brillar dos ojos hipnóticos— no se ha levantado, de acuerdo con los deseos de su portador. Mientras que «Haze» sólo rima con el verdadero apellido de la heroína, su nombre está dema-

siado implicado en la trama íntima del libro para que nos hayamos permitido alterarlo; por lo demás, como advertirá el propio lector, no había necesidad de hacerlo. El curioso puede encontrar referencias al crimen de «H. H.» en los periódicos de septiembre de 1952; la causa y el propósito del crimen se habrían mantenido en un misterio absoluto de no haber permitido el autor que estas Memorias fueran a dar bajo la luz de mi lámpara.

En provecho de lectores anticuados que desean rastrear los destinos de las personas más allá de la historia real, pueden suministrarse unos pocos detalles recibidos del señor Windmuller, de Ramsdale, que desea ocultar su identidad para que «las largas sombras de esta historia dolorosa y sórdida» no lleguen hasta la comunidad a la cual está orgulloso de pertenecer. Su hija, Louise, está ahora en las aulas de un colegio; Mona Dahl estudia en París. Rita se ha casado recientemente con el dueño de un hotel de Florida. La señora de Richard F. Schiller murió al dar a luz a un niño que nació muerto, en la Navidad de 1952, en Gray Star, un establecimiento del lejano noroeste. Vivian Darkbloom es autora de una biografía, *Mi réplica*, que se publicará próximamente. Los críticos que han examinado el manuscrito lo declaran su mejor libro. Los cuidadores de los diversos cementerios mencionados informan que no se ven fantasmas por ningún lado.

Considerada sencillamente como novela, *Lolita* presenta situaciones y emociones que el lector encontraría exasperantes por su vaguedad si su expresión se hubiese diluido mediante insípidas evasivas. Por cierto que no se hallará en todo el libro un solo término obsceno; en verdad, el robusto filisteo a quien las convenciones modernas persuaden de que acepte sin escrúpulos una profusa ornamentación de palabras de cuatro letras en cualquier novela trivial, sentirá no poco asombro al comprobar que aquí están ausentes. Pero si, para alivio de esos paradójicos mojigatos, algún editor intentara disimular o suprimir escenas que cierto tipo

de mentalidad llamaría «afrodisíacas» (véase en este sentido la documental resolución sentenciada el 6 de diciembre de 1933 por el Honorable John M. Woolsey con respecto a otro libro, considerablemente más explícito), habría que desistir por completo de la publicación de *Lolita*, puesto que esas escenas mismas —que torpemente podríamos acusar de poseer una existencia sensual y gratuita— son las más estrictamente funcionales en el desarrollo de una trágica narración que apunta sin desviarse nada menos que a una apoteosis moral. El cínico alegará que la pornografía comercial tiene la misma pretensión; el médico objetará que la apasionada confesión de «H. H.» es una tempestad en un tubo de ensayo; que por lo menos el doce por ciento de los varones adultos norteamericanos —estimación harto moderada según la doctora Blanche Schwarzmamm (comunicación verbal)— pasan anualmente de un modo u otro por la peculiar experiencia descrita con tal desesperación por «H. H.»; que si nuestro ofuscado autobiógrafo hubiera consultado, en ese verano fatal de 1947, a un psicópata competente, no habría ocurrido el desastre. Pero tampoco habría aparecido este libro.

Se excusará a este comentador que repita lo que ha enfatizado en sus libros y conferencias: lo ofensivo no suele ser más que un sinónimo de lo insólito. Una obra de arte es, desde luego, siempre original; su naturaleza misma, por lo tanto, hace que se presente como una sorpresa más o menos alarmante. No tengo la intención de glorificar a «H. H.». Sin duda, es un hombre abominable, abyecto, un ejemplo flagrante de lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso revele una suprema desdicha, pero que no puede ejercer atracción. Su capricho llega a la extravagancia. Muchas de sus opiniones formuladas aquí y allá sobre las gentes y el paisaje de este país son ridículas. Cierta desesperada honradez que vibra en su confesión no lo absuelve de pecados de diabólica astucia. Es un anormal. No es un caballero. Pero ¡con qué magia su violín ar-

monioso conjura en nosotros una ternura, una compasión hacia Lolita que nos entrega a la fascinación del libro, al propio tiempo que abominamos de su autor!

Como exposición de un caso, *Lolita* habrá de ser, sin duda, una obra clásica en los círculos psiquiátricos. Como obra de arte, trasciende su aspecto expiatorio. Y más importante aún, para nosotros, que su trascendencia científica y su dignidad literaria es el impacto ético que el libro tendrá sobre el lector serio. Pues en este punzante estudio personal se encierra una lección general. La niña descarriada, la madre egoísta, el anheloso maniático no son tan sólo vívidos caracteres de una historia única; nos previenen contra peligrosas tendencias, evidencian males poderosos. *Lolita* hará que todos nosotros —padres, sociólogos, educadores— nos consagremos con celo y visión mucho mayores a la tarea de lograr una generación mejor en un mundo más seguro.

JOHN RAY JR., Doctor en Filosofía, Widworth, Mass.

Primera Parte

1

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-lita: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo.Li.Ta.

Era Lo, sencillamente Lo, por la mañana, un metro cuarenta y ocho de estatura con pies descalzos. Era Lola con pantalones. Era Dolly en la escuela. Era Dolores cuando firmaba. Pero en mis brazos era siempre Lolita.

¿Tuvo Lolita una precursora? Por cierto que la tuvo. En verdad, Lolita no pudo existir para mí si un verano no hubiese amado a otra... «En un principado junto al mar». ¿Cuándo? Tantos años antes de que naciera Lolita como tenía yo ese verano. Siempre puede uno contar con un asesino para una prosa fantástica.

Señoras y señores del jurado, la prueba número uno es lo que envidiaron los serafines de Poe, los errados, simples serafines de nobles alas. Mirad esta maraña de espinas.

2

Nací en París en 1910. Mi padre era una persona suave, de trato fácil, una ensalada de orígenes raciales: ciudadano suizo de ascendencia francesa y austríaca, con una corriente del Danubio en las venas. Revisaré en un minuto algunas encantadoras postales de brillo azulino. Poseía un lujoso hotel en la Riviera. Su padre y sus dos abuelos habían vendido vino, alhajas y seda, respectivamente. A los treinta años se casó con una muchacha inglesa, hija de Jerome Dunn, el alpinista, y nieta de los párrocos de Dorset, expertos en temas oscuros: paleopedología y arpas eólicas. Mi madre, muy fotogénica, murió a causa de un absurdo accidente (un rayo durante un pic-nic) cuando tenía yo tres años, y salvo una zona de tibieza en el pasado más impenetrable, nada subsiste de ella en las hondonadas y valles del recuerdo sobre los cuales, si aún pueden ustedes sobrellevar mi estilo (escribo bajo vigilancia), se puso el sol de mi infancia: sin duda todos ustedes conocen esos fragantes resabios de días suspendidos, como moscas minúsculas, en torno de algún seto en flor o súbitamente invadido y atravesado por las trepadoras, al pie de una colina, en la penumbra estival: sedosa tibieza, dorados moscardones.

La hermana mayor de mi madre, Sybil, casada con un primo de mi padre que la abandonó, servía en mi ámbito familiar como gobernanta gratuita y ama de llaves. Alguien me dijo después que estuvo enamorada de mi padre y que él, livianamente, sacó provecho de tal sentimiento en un día lluvioso, para olvidar la cosa cuando el tiempo aclaró. Yo le tenía mucho cariño, a pesar de la rigidez —la rigidez

fatal— de algunas de sus normas. Quizá lo que ella deseaba era hacer de mí, en la plenitud del tiempo, un viudo mejor que mi padre. Mi Sybil tenía los ojos azules, ribeteados de rojo, y la piel como de cera. Era poéticamente supersticiosa. Decía que estaba segura de morir no bien cumpliera yo dieciséis y así fue. Su marido, un gran traficante de perfumes, pasó la mayor parte del tiempo en Norteamérica, donde acabó fundando una compañía que adquirió bienes raíces.

Crecí como un niño feliz, saludable, en un mundo brillante de libros ilustrados, arena limpia, naranjos, perros amistosos, paisajes marítimos y rostros sonrientes. En torno a mí, la espléndida mansión Mirana giraba como una especie de universo privado, un cosmos blanqueado dentro del otro más vasto y azul que resplandecía fuera de él. Desde la fregona de delantal hasta el potentado de franela, todos gustaban de mí, todos me mimaban. Maduras damas norteamericanas se apoyaban en sus bastones y se inclinaban hacia mí como torres de Pisa. Princesas rusas arruinadas que no podían pagar a mi padre me compraban bombones caros. Y él, *mon cher petit papa*, me sacaba a navegar y a pasear en bicicleta, me enseñaba a nadar y a zambullirme y a esquiar en el agua, me leía *Don Quijote* y *Les Misérables* y yo lo adoraba y lo respetaba y me enorgullecía de él cuando llegaban a mí las discusiones de los criados sobre sus varias amigas, seres hermosos y afectuosos que me festejaban mucho y vertían preciosas lágrimas sobre mi alegre orfandad.

Asistía a una escuela diurna inglesa a pocas millas de Mirana; allí jugaba al tenis y a la pelota, obtenía excelentes calificaciones y estaba en términos perfectos con mis compañeros y profesores. Los únicos acontecimientos definitivamente sexuales que recuerdo antes de que cumpliera trece años (o sea antes de que viera por primera vez a mi pequeña Annabel) fueron una conversación solemne, decorosa y puramente teórica sobre las sorpresas de la puber-